

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es.»
Jorge Luis Borges

El momento de Antonio Velasco, autor de *Hotel Rejas* (2021) y *El Ruina* (2022)

1980

Barrotes de hierro zurcido, aletas romas de una ballena gris.

En la cárcel Modelo de Barcelona, Antonio Velasco (Barcelona, 1957) revisa el pasado. Escucha el corazón de melisa y pasiflora, desarbolado, abierto. Bombea una pelota de sangre que le impulsa hacia adelante. Bombea.

Patio. Se abre verja. Ya se tomó el café aguado, la mierda de café aguado con la leche agria que no sabe ni a leche ni a café.

Antonio forma parte de una de las células del PCE (r), resultado de una de las varias escisiones del PCE, a su vez escisión del PSOE.

Entró en el partido fagocitado por unos y otros, que le empujaban.

«No estábamos de acuerdo con la reconciliación nacional, queríamos la ruptura, que los jueces del TOP no fueran los mismos jueces de la democracia», dice.

Robusto como un rododendro, Antonio ha crecido en el barro de las viviendas precarias de La Plana del Pintor, en Sabadell Nord. Real, néctar, espartano.

«Desde finales de 1976 sabía que me buscaban, me metí en el aparato de propaganda del partido. Iban a por mí. Cayó una compañera, la llamábamos Marta, no era su nombre real. Yo tenía otro: mi carné tomaba la identidad de un maestro de escuela de Getafe. Fui a una cita en la estación de metro de Mercat Nou, y me trincaron. Esposado, me llevaron a la comisaría de Via Laietana. Durante cuatro días me dieron palizas. Colgado en la barra me atizaron por todos lados, aún tengo las marcas. Perdí el conocimiento. Me llevaron a la clínica privada de Pere Camps», cuenta como si fuese la lectura de un salmo o el horóscopo o las indicaciones para montar un armario Homn.

En la cárcel tuvo tiempo para pensar.

En *Sherpas. La otra historia del Himalaya*, la periodista Xiana Siccardi se sincera: «en realidad estaba sola, mentalmente sola quiero decir, y pasaba tantas horas dialogando conmigo misma que, poco a poco, fui acostumbrándome a la melodía de mis pensamientos, los fui asentando, resolviendo, y un día dejaron de angustiarme». Se acuerda Antonio Velasco de esos días oscuros de lluvia metalizada que caía de las nubes del cielo, metadonas líquidas.

Sus padres, el segador Antonio, de Córdoba, y la sirvienta Encarna, de Murcia, se conocieron un jueves, porque las doncellas que servían en las casas de bien libraban los jueves.

A la riada del 62 («mi madre intentaba salvar las gallinas») le siguió la nevada del 62 («sepultó todo»).

Por culpa del fármaco de la talidomida, que se recetaba a las embarazadas, Antonio nació sin una mano.

«Aun así, fui yo el primer chaval del barrio que aprendió a atarse los zapatos.»

Detrás de Antonio llegaron cinco hermanos más. Faltaba dinero en casa. A los trece años se puso el mundo por montera y trabajó de ayudante en una tienda de muebles, de encargado de hilaturas en una fábrica de tejidos con tricotas manuales, etcétera.

En la cárcel se piensa mucho. El coco no para. Además, Antonio leía cualquier libro de la biblioteca, de los rusos a la generación perdida, de Galdós al realismo mágico.

Empezaba a centrarse. Aprendió a dibujar y pintar. Tocaba la armónica. Se hizo comunista porque odiaba las injusticias. Creía en la revolución. De la clandestinidad de los centros juveniles en los que escuchaba discos de Joan Manuel Serrat (*Cantares*), Janis Joplin (*Piece of my heart*) y Led Zeppelin (*Stairway to heaven*) pasó a vender revistas como *La gaceta roja* y *Bandera roja*. Le propusieron unirse a la lucha armada. No quiso. Aprecia la vida humana. La vida. Igualmente, cayó.

Y ahí se encontraba, en el patio de la cárcel Modelo, de la que saldría en 1982. Cuando quedó en libertad, Antonio se matricularía en la universidad –mayores de 25 años–. Estudiaría Magisterio. Se formaría como educador social. Rodaría un corto en La Mina, en Sant Adrià de Besòs (*El esperador desconocido de autobuses*). Se casaría con María José Medina. Dos hijos. Iría seis veces a los campos de refugiados en Grecia. Haría el Camino de Santiago...

Aún faltarían unos años.

En 1980, la cárcel le quería comer. Le encerraron en 1979 y le soltarían tres años después. Tres años y diez días. Mientras, recorrió los penales de Zamora, Carabanchel...

Acusación del fiscal: robo de una multicopista Gestetner en grado de inducción.
«El sufrimiento que le causé a mi familia, a mi madre, fue enorme.»

En las duchas del patio, detrás de una tapa, se cavó un túnel.

Alguien le susurró, sigiloso:

—Nos largamos, ¿te vienes con nosotros?

Tenía decidido iniciar una nueva vida.

El comunista y educador social Antonio Velasco dijo que no.

Jesús Martínez